



El padre que anhelaría ser

Introducción

Hoy en día, vivimos en una época en la que se ha perdido la confianza; ya sea debido a la crisis económica, a las expectativas que no se han cumplido, o al observar que el mundo se sumerge cada vez más en una crisis política, social, económica y religiosa.

Se ha perdido la confianza al ver que surgen nuevas enfermedades, las cuales no tienen cura y al ver instituciones que han caído en descrédito ante los ojos de los hombres por sus malos manejos. Hay una crisis de confianza en la moneda y en la seguridad económica futuras. Los seres humanos ven como si el mundo se estuviera derrumbando alrededor.

Dicha crisis de confianza también está afectando la relación entre padre e hijo. Ellos han perdido la confianza en sus padres por diferentes razones, entre ellas la desintegración familiar, el divorcio y la falta de amor, aceptación y perdón.

Otros jóvenes sienten que han perdido la confianza en sus padres porque éstos no les han cumplido las promesas que les han hecho o porque ven que no pueden enfrentar siquiera sus propios problemas. Los esposos no saben relacionarse adecuadamente y hay discusiones o pleitos en el hogar, donde inclusive se manifiesta la violencia familiar. Esto lleva a los hijos perder la confianza en sus padres.

Se requiere restaurar la confianza de los hijos hacia los padres. Cualquier hijo que no tiene confianza en su padre va rumbo a una gran desorientación, a un vacío espiritual y existencial en su vida, y a una confusión perpetua.

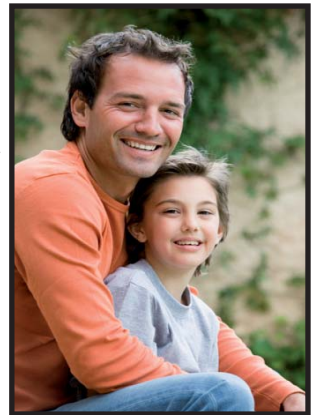
El padre que tus hijos quisieran tener

En una ocasión, un hombre prometió a su hijo que lo llevaría a cenar, pero rompió su promesa y no lo llevó. Aparentemente es una cosa trivial, pero estas escenas resultan muy comunes para muchos padres e hijos. Los padres dicen amar a sus hijos, pero terminan por no cumplir sus promesas, lo cual desilusiona a los hijos y hace que se amarguen y exasperen, por eso muchos niños han tenido que pasar por el desencanto de la terrible desilusión, causado por una promesa no

cumplida del padre.

En la consejería familiar nos encontramos una y otra vez con heridas en el corazón de hombres, inclusive adultos, que se han sentido desilusionados al haber sido traicionada la confianza que ellos pusieron en sus padres, porque no estuvieron con ellos el día de su graduación o el día que jugaban fútbol y necesitaban la porra del padre. No estuvieron en el momento en que prometieron estar.

Ésa no es la clase de padre que yo anhelaría ser. Yo deseo cumplir las promesas que les hago a mis hijos y tú también debes anheloarlo. Debes hacer que tus hijos crean y confíen en ti, que vean que su padre cumple sus promesas y que es un hombre cuya palabra vale, porque hace lo que dice. Aunque esto parezca trivial o superficial, para muchos



Ser padre es mucho más que llevar dinero a la casa o pagar la colegiatura de la escuela. Ser padre es un gran privilegio, es algo que va mucho más allá de lo que comúnmente entendemos. Como padres, debemos tomar en serio las promesas que hacemos a nuestros hijos; a veces cometemos errores y no cumplimos las promesas porque no reconocemos lo serias que son para nuestros hijos y no percibimos el efecto que las promesas no cumplidas o cumplidas tienen sobre ellos.

El Doctor **James Scheiller** nos dice lo siguiente: *“Un hombre, en una ocasión, pasó todo el día pescando en el lago con su hijo. Él era un importante hombre de negocios, pero cuando terminó el día pensó: He perdido todo el día. El hijo tenía su diario, en el que escribió las siguientes palabras: Hoy fui a pescar con papá, fue el día más maravilloso de mi vida.”*

Lo que para el padre había representado una pérdida de tiempo, para el hijo fue el día más maravilloso de su vida. En lo particular, yo he aprendido que cuando vemos las cosas a través de los ojos de nuestros hijos apreciamos más las promesas. Ellos son muy

sensibles a una promesa no cumplida, porque en ella le estamos enviando un mensaje: *Papá tiene cosas más importantes que tú.*

De esta manera es más fácil entender cuán importantes son las promesas y con cuánta seriedad debemos tomarlas. Aprendamos a cumplir, pues, las promesas que les hacemos a nuestros hijos. Es fácil decirlo, pero otra cosa es realmente hacerlo.

Es cierto que nuestros hijos requieren que sus necesidades físicas sean suplidas para que lleguen a ser adultos sanos. En la mayoría de las familias esas promesas se dan por un hecho, es algo implícito. No obstante hay promesas que son explícitas, tales como: *te prometo escucharte en cualquier momento que tengas problemas.*

He tenido la oportunidad de clarificar mis promesas a mis hijos. Por ejemplo, les he explicado que mi promesa de proporcionarles lo que necesitan para suplir sus necesidades físicas, no significa que me voy a asegurar de que vistan siempre a la última moda o que puedan competir con la ropa que usan sus amigos. El padre que clarifica sus promesas y se compromete a cumplirlas, consecuentemente les dará un regalo de un valor incalculable: un padre del cual pueden depender y en quien pueden confiar.

Vivimos tiempos muy peligrosos en los que se ha perdido la confianza en instituciones, personas y gobiernos, la gente se vuelve muy desconfiada y se aísla. Esto también repercute en nuestros hijos, quienes al verse en situaciones difíciles o presiones no saben de quien depender ni en quien confiar. Esto es desastroso, ellos necesitan un padre en quien poner su confianza y de quien depender.

Cumple y clarifica tus promesas

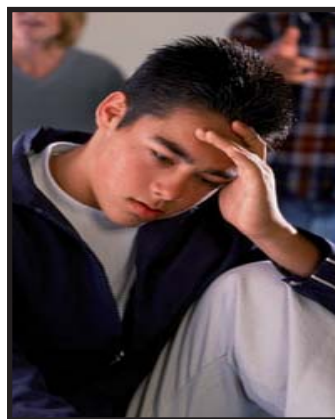
En una ocasión escuché la siguiente historia: Una noche, cuando un niño de 11 años ya se había acostado, escuchó que sus padres comenzaron a discutir acaloradamente. Ellos siempre habían tenido cuidado de no pelearse delante de sus hijos, pero no se habían dado cuenta de que Juan todavía estaba despierto y que oía la pelea. En medio de la argumentación, la mamá miró hacia la puerta y vio a su hijo sentado en el umbral, llorando. Dejaron de discutir inmediatamente y el padre tomó en sus brazos al hijo y le dijo: *Juanito, ¿tuviste una pesadilla?* El niño seguía llorando, pero pudo preguntar entre sollozos: *Papá, ¿cuándo se van a divorciar tú y mamá?* El papá le respondió: *¿De dónde*

sacaste esa idea? Juanito contestó lleno de temor: *Dos de mis amigos dicen que sus padres discuten mucho y ahora tú y mamá se están peleando.*

En ese instante ambos padres volvieron en sí y el enojo se evaporó, aprovecharon ese momento propicio para expresarle a su hijo lo importante que era para ellos su matrimonio. Le dijeron que se amaban, que se habían hecho muchas promesas al casarse y que tenían la intención de cumplirlas.

El padre que no cumple las promesas hechas a su esposa, amigos o colegas del trabajo, le resultará difícil ganarse la confianza de sus hijos. Pero el padre que cumple las promesas que hace a los demás, estimula y aumenta el espíritu de confianza en sus hijos.

Juanita era una jovencita de 14 años. Ella recuerda vivamente que cuando tenía cinco años sentía mucho miedo cuando las tormentas eléctricas se desataban en las noches. Una de esas noches se asustó mucho, fue al cuarto de sus padres y quiso refugiarse en su papá, éste enojado la mandó a dormir inmediatamente. Ella se dio cuenta que no podía confiar ni apoyarse en él, aprendió a esconderse en el baño, a prender la luz o a cerrar la puerta cuando los truenos sonaban. Así se fue creando un trauma bastante fuerte. Pudo superarlo de joven, pero para muchos otros adolescentes los resultados pueden ser devastadores.



Según los doctores **David Ferguson** y **Don Macknell**, *“La persona cuya necesidad de consuelo y apoyo no es suplida, será propensa al desaliento, a la soledad, a sentirse vacío y a ser tímido. Dicha persona tiende a la promiscuidad, a temer al fracaso, a cansarse de la vida y a ser obsesiva-compulsiva.”*

Parece que estuviera describiendo la vida de muchos jóvenes que no han recibido el consuelo de sus padres en momentos de necesidad, que viven con desalientos, solos, vacíos y con temores, porque no tienen en dónde encontrar confort, apoyo y consuelo.

Cuando los jóvenes o adolescentes no encuentran el apoyo en sus padres, van a buscarlo en su mejor amigo y terminan con relaciones promiscuas, antes del matrimonio; otros fracasan en la vida y se sienten cansados. Esos jóvenes tendrán mucha mayor

dificultad en afrontar su sentido de inseguridad y en resistir la presión malsana de sus amigos. También pueden tener dificultad en formar amistades sanas y serán más propensos a ceder ante la presión de tener una relación sexual, en un esfuerzo por llenar sus necesidades emocionales.

Por otro lado, ¿qué podemos decir del niño o joven que sí cuenta con el apoyo de su padre? Será más propenso a sentirse amado, agradecido, optimista y a ser cariñoso, compasivo, positivo, generoso, sensible y seguro de sí mismo.

La conducta del padre de Juanita fue deplorable; sin embargo, a mí también me ha pasado que en ocasiones no he ofrecido el consuelo y apoyo que mis hijos necesitaban. Por eso es que yo quiero ser ese padre que apoya y consuela a sus hijos, que tiene la disposición de ayudarlos cuando más lo necesitan, que reacciona con sensibilidad ante sus temores y dolores y que los capacita para resistir las presiones malsanas de los amigos, para vencer su sentido de inseguridad, para tener amistades sanas y para ganarse el respeto y la admiración de sus amigos. Quiero ser la clase de padre que es mi Padre Celestial.

Recuerdo la historia de un joven padre de familia que tenía una hija de 6 años a quien quería enseñar a andar en bicicleta. Él corría al lado de la bicicleta para estabilizarla mientras ella aprendía a coordinar las muchas maniobras. En un momento el padre accidentalmente soltó la bicicleta y ésta y su hija se fueron al suelo. Él expresó su desaliento por haberle fallado, quería que realmente confiara y dependiera de él.

Todos nosotros tenemos limitaciones y una de las claves para llegar a ser padres que consuelan y apoyan a sus hijos es comprenderlas y aceptarlas. No podemos impedir que nuestros hijos se raspen las rodillas, pero sí podemos levantarlos y besar sus heridas; no podemos prevenir que cometan errores, pero sí podemos estar junto a ellos para ayudarlos a corregirlos; no podemos protegerlos de todos los males, pero sí podemos estar a su lado para llorar con ellos.

No podemos solucionar todo lo que no anda bien en sus vidas, pero sí podemos elogiarlos cuando triunfan o levantarlos cuando fracasan. No podemos hacer todo, pero con la ayuda de Dios hacemos lo que podemos y eso es suficiente.

Amor = tiempo

En los Estados Unidos, una joven respondió a una encuesta diciendo: *“Había tenido un mal día en la escuela y lo único que quería era un poquito del tiempo de mis padres. Quería un simple abrazo, eso hubiera bastado. Pero ellos estaban demasiado ocupados, así que llevé mis problemas a mi novio. Una cosa llevó a la otra y ahora tenemos relaciones sexuales. Papá y mamá, ¡ojalá los hubiera encontrado cuando los necesitaba!”*

La palabra amor la podemos deletrear con las siguientes letras: t-i-e-m-p-o. El padre que realmente ama a sus hijos debe tomarse el tiempo que esto requiere. En una encuesta realizada en los Estados Unidos, se reveló que el promedio diario que un padre invierte para estar con sus hijos son tres minutos y medio. Esto es una cantidad ridícula, no sirve para nada.

El verdadero padre sacará tiempo para estar con ellos, pues necesita ser sensible a sus necesidades, escucharlos, observar lo que hacen y tratar de captar los sentimientos y las necesidades que reflejan sus palabras y acciones. Sus necesidades son muy importantes. Es natural que los hijos busquen depender de sus padres, que los abracen, que lloren y sufran con ellos. Muéstrale a tu hijo que te interesa mucho, dile: *Aquí estoy, hijo, te amo y juntos superaremos esto.*

Cuidemos las palabras que hablamos con ellos; nuestras palabras tienen un gran poder para ayudar o para lastimar. Si somos sarcásticos o críticos, cualquier intento de consolar será ineficaz. Nuestro lenguaje verbal debe expresar cosas positivas y edificantes, no palabras negativas que destruyen, tales como: ¡Apártate, no me molestes! ¡No tengo tiempo para ti! ¡Eres un tonto y un fastidio!

Si de verdad quieres que tus hijos sientan tu consuelo y apoyo, métete en su mundo y trata de comprenderlos. Muchos padres esperan que sus hijos se comuniquen con ellos a su nivel, pero ellos no se bajan al nivel de sus hijos.

Ofrezcamos consuelo y apoyo a nuestros hijos, porque esto tendrá un efecto de largo alcance tanto para ellos como para ti. Tú podrás verlos enfrentar las presiones malsanas de sus amigos con la seguridad de que pueden vencer. Ellos encontrarán en su hogar abundante apoyo y consuelo. Los verás desarrollar amistades sanas, se ganarán el respeto y la admiración de sus amigos al irse convirtiendo en jóvenes capaces

y seguros de sí mismos, que saben que, pase lo que pase, pueden contar con su padre.

¿Cómo es tu hijo?
 ¿Lo conoces? ¿Es tímido o solitario? ¿Es temeroso al fracaso, inseguro y vulnerable ante las presiones? ¿Cultiva amistades perjudiciales? ¿Está cansado de la vida?
 ¿Realmente te has detenido a conocer a tu hijo, cómo piensa o qué siente?



Muchos padres se horrorizan cuando sus hijos llegan a la adolescencia y los oyen hablar mal, cuando escuchan que su hija está embarazada, tiene relaciones sexuales con su novio o se quieren ir de la casa, o cuando escuchan frases como: *¡Papá, te odio, ya no quiero vivir aquí!* Esas palabras son el resultado del descuido de los padres. No te espantes ni te alarmes cuando hagan declaraciones, como: *¡Quisiera morirme!* *¿Para qué nació?* *¡Odio la vida!*

En cambio, ¡qué distinto es cuando nuestros hijos nos ven como el lugar seguro! Ellos pueden acudir a nosotros por consuelo, apoyo y cariño y nos ven como los que cumplen sus promesas. ¡Qué distinto es cuando puedan confiar y depender de papá!

Un lugar seguro para nuestros hijos

La mayoría de los jóvenes actuales ven el futuro con miedo y ansiedad. Seis de cada diez estudiantes de secundaria afirman conocer a un joven de su edad que ha tratado de suicidarse y uno de cada tres conoce a alguien que ha llevado un arma a la escuela. Muchos tienen amigos o conocidos que andan en conductas peligrosas o ilícitas, como relaciones sexuales prematrimoniales y uso de drogas.

Otra investigación revela que el 68% de los adolescentes menores no creen que este mundo tenga un futuro y el 32% cree que se verán afectados directamente por una aniquilación nuclear. Estos temores se extienden aún a niños menores.

Hace unos años, el periódico **New York Times** publicó los resultados de un estudio que demostraba que los cinco temores más grandes del niño escolar hace 20 años eran: los ruidos muy fuertes, las habitaciones oscuras, los lugares altos, los animales peligrosos y la gente extraña. Hoy, los temores más grandes del

niño escolar son: perder a sus padres a través del divorcio, ser víctimas de un robo, de una golpiza, de una violación o de cáncer.

Los chicos necesitan un lugar seguro, un lugar para refugiarse de los peligros y desengaños de un mundo que se ha vuelto loco. Necesitan un lugar donde curar sus heridas y encontrar alivio. Esta es la clase de padre que tú debes ser para tus hijos: una fortaleza.

Debemos ser ese refugio para nuestros hijos, ellos deben saber que tienen un lugar seguro al cual pueden acudir, el cual es su padre; deben saber que pueden acudir a su padre en busca de refugio de las tormentas de la vida, de los ataques de sus amigos y de las presiones de la adolescencia.

Si tus hijos perciben que el refugio y la seguridad están a su disposición en ti, papá, será más probable que desarrollen su autoestima y seguridad en sí mismos, porque sabrán que alguien los respalda y está dispuesto a defenderlos, a darles un refugio y a sostenerlos.

Debemos aprender a escuchar a nuestros hijos, ellos necesitan que tengamos tiempo para sentarnos y oírlos. Un hombre de negocios, preocupado por la relación con su hijo de casi 17 años, acudió a la consejería y explicó que su hijo no tenía motivación, se había metido en drogas y la comunicación entre ellos era tirante, a punto de estallar. El consejero le dijo que llevara a su hijo a comer la siguiente semana, no para regañarlo sino para expresar interés en él y escucharlo.



El papá no habló, sólo escuchó. El muchacho estaba esperando que su papá lo regañara, pero le sorprendió que sólo quisiera escucharlo. Entonces, la relación cambió profundamente, sólo porque el padre tuvo tiempo para escuchar a su hijo.

El padre que realmente quiere ser un refugio para su hijo debe desarrollar y afinar el arte de escuchar. En muchas ocasiones nuestros hijos se acercan con lágrimas y nosotros sólo estamos listos para corregirlos, regañarlos o aconsejarlos. Pero si hemos establecido el vínculo paterno y estamos buscando reflejar la imagen de Dios en nuestro papel de padre, nos tomaremos el tiempo para orar por ellos

y para escucharlos, reservándonos cualquier crítica y dejándolos que exterioricen todos sus sinsabores sin temor.

Un padre ejemplar

Nuestros hijos están corriendo una carrera; si se tropiezan, debemos levantarlos y juntos llegar hasta la meta, aunque sea arrastrándonos. Recuerdo el ejemplo del joven Derek Redmond, en las olimpiadas de 1992, en Barcelona. Él era de Inglaterra y estaba cumpliendo uno de los sueños de su vida: ganar una medalla de oro en los juegos olímpicos.

Ya había llegado a las semifinales en la carrera de los 400 metros y al sonar el disparo para comenzar la carrera final, Derek se lanzó a correr, teniendo un comienzo magnífico. Estaba corriendo la carrera de su vida y se acercaba a la línea de llegada cuando de pronto sintió un agudo dolor en la pierna derecha y cayó en medio de la pista, rompiéndose un tendón. La carrera había terminado para él.

Trató de ponerse en pie antes de que el equipo médico llegara, aun cuando todos los demás corredores lo pasaron. Comenzó a arrastrarse hacia delante, con el rostro bañado en lágrimas de dolor; de pronto, un señor se abrió paso entre los guardias de seguridad y corrió a la pista, se acercó a Derek y lo abrazó. No tienes por qué hacer esto, le dijo Jim Redmond a su hijo, que no dejaba de llorar. *Sí, sí tengo*, dijo Derek. *Bueno, entonces lo terminaremos juntos, dijo su padre.*

El padre tomó firmemente a Derek por los hombros y juntos emprendieron el recorrido que faltaba para llegar hasta el final, rechazando la intervención de los guardias de seguridad. Cojeando y arrastrándose juntos llegaron hasta la línea final. La multitud los observaba, paralizada. Luego uno por uno se pusieron de pie y empezaron a vitorear y llorar ante la determinación del hijo y el apoyo del padre.

¿Cuántas veces te has quedado sentado cuando tu hijo necesitaba tu ayuda? ¿Cuántas veces tus hijos corrieron carreras y tú, sentado sobre las gradas, no fuiste corriendo para darles el apoyo que necesitaban?

El Salmo 57:1-2 dice: *“Ten misericordia de mí, oh Dios, ten misericordia, porque en ti ha confiado mi alma y en la sombra de tus alas me ampararé hasta que pasen los quebrantos”*. Ese es el clamor de un hijo de Dios. Muchos hijos quisieran ampararse en los brazos de su

padre hasta que pasen los retos y los fracasos. Dios nos ha dejado el ejemplo. ¿Realmente tu hijo confía y reposa en ti, como el hijo de Dios encuentra su reposo en Él?

El Salmo 9:9 dice: *“Dios será refugio del pobre, refugio para el tiempo de angustia”*. Dios es el padre modelo, él promete ser refugio de aquél que es humilde y reconoce su necesidad, de aquel que está cansado de vivir en sus propias fuerzas y se rinde ante Dios para obedecerlo.

Dios es el padre modelo a quien debemos imitar, él es refugio en el tiempo de angustia. De la misma manera, nosotros debemos ser refugio para nuestros hijos en el tiempo de angustia. En 2ª Corintios 1:3 se le llama a Dios *“el Dios de toda consolación”*. Así también nosotros debemos ser padres de consolación para nuestros hijos.

Tú te preguntarás, ¿cómo puedo lograrlo? En Filipenses 4:13 la Escritura dice: *“Todo lo puedo en Cristo, que me fortalece”*. Es en Cristo que tú puedes ser esa clase de padre, él vino a darnos el mensaje más importante: es necesario nacer de nuevo. Como padre de familia, debes empezar de nuevo. Vuélvete a Dios con fe y confianza, porque tus hijos necesitan esa clase de padre: un padre como Dios.

Profr. Humberto Ayub

Esperanza para la Familia, A. C.

Tel. Lada Sin Costo 01-800-690-62-35

Apartado Postal #41 C.P. 64581 Monterrey., N.L.

Página Web: <http://www.esperanzaparalafamilia.com>

Correo Electrónico: info@esperanzaparalafamilia.com